

de ella, de tal suerte que hablar de civilización es suponer en esta palabra el epíteto de cristiana...

«Nosotros no tenemos esta llaga mortal de la esclavitud, que condenaba á más de dos tercios de la especie humana á una vida de penosos esfuerzos y de indecibles ultrajes: este estado de cosas ha sido reformado por la Iglesia con tanta constancia como sabiduría.

«No se usan ya entre nosotros los sangrientos juegos en que se degollaban centenares de desgraciados, en que tantos otros eran arrojados como pasto á las bestias feroces para distraer á los ociosos y hacer más ardiente su sed de sangre; páginas degradantes que ha cerrado para siempre la sangre del mártir cristiano.

«No hay ya en nosotros el ódio profundo al pobre, que la religión ha transfigurado por la luz de Jesucristo.

«No tenemos los divorcios fáciles, las tiranías maritales, el envilecimiento legal de las esposas.

«Es menos difícil perfeccionar las cosas que existen ya, que crearlas completamente. ¿Por qué, pues, declarar ahora que la Iglesia ha perdido el derecho de animar con su soplo la obra de la civilización, y pretender que no es apta para dirigir las almas en los caminos del progreso moral y en sus últimas evoluciones? ¿Acaso será verdad que hayan disminuido las fuerzas de la Iglesia, y que haya perdido esta abundancia de juventud y vida que abundó hasta en el órden civil, derramándole los beneficios que nos cuenta la historia y que contemplamos con nuestros propios ojos?...

«El apóstol san Juan hace notar que todo lo criminal y propio para causar su ruina que hay en el mundo se reduce al exceso de los goces bestiales, á la concupiscencia y al orgullo, que no quiere sufrir ningún freno.

«Pues bien, para restablecer el órden en el hombre, ¿qué medios emplea la Iglesia, conforme á la moral enseñada por Jesucristo? Abrid con este objeto los Libros santos ó su sublime resumen, que es nuestro *Catecismo*.

«A los que se dejan arrastrar por los atractivos de los

sentidos recuerda que aun se deben privar de una mirada, de un mal pensamiento, de un deseo.

«Al hombre á quien atormenta la sed del oro es dicho igualmente que la avaricia es una esclavitud, y que no se puede servir al mismo tiempo á Dios y al dinero.

«En fin, al orgulloso es ordenado que humille su soberbia, que tome del niño su ingenua sencillez para entrar en el reino de los cielos...

«Preparado así el individuo y siendo vencidas sus abyectas pasiones, causa de todo desórden, la Iglesia, sin apartarse una línea de las lecciones del Salvador, se consagra á introducir el órden en las relaciones mútuas.

«Lo que desde luego se presenta á nuestra consideración es el muy firme fundamento que pone para mantener duraderas estas relaciones y para hacerlas infaliblemente provechosas á la verdadera civilización. Este fundamento es la *caridad*, que, fuera del cristianismo, ni aun es conocido su nombre, ó es conocida en sentido completamente diferente del que le damos. Lo que el mundo ha ganado y gana todavía en esta escuela de amor inefable nosotros lo sabemos: el respeto al hombre aunque sea pobre, aunque sea de condición baja y despreciable, el perdón fácil y sincero de las almas despues que han sufrido sangrientos ultrajes, las venganzas disminuidas ó hechas imposibles porque son severamente juzgadas por nuestra propia conciencia y la de otro, la equidad forzada á mitigar los rigores del derecho, las fatigas y las privaciones aceptadas alegremente con el objeto de procurar la suavización de la condición del pobre, del obrero honrado, del huérfano, del anciano. Ved los hechos palpables que saltan á la vista, y la más ligera reflexión basta para descubrir su origen, el cual evidentemente no es otro que la moral de Jesucristo enseñada por la Iglesia.

«Los que quieren sustituir una civilización completamente humana á la que se ha levantado á tan gran altura, gracias á la acción y al trabajo de la Iglesia, ¿han obtenido por sus tentativas una sola de estas ventajas morales?...

¿Son un indicio de suavización de las costumbres y de los caracteres esta envidia y afrenta que invaden é inundan cada día más y más el corazón de aquellos que están desprovistos de los bienes de la tierra contra los que son ricos? ¿Se tiene que ver una prueba de sentimiento de fraternidad sincera en los estremecimientos de tigre, en las amenazas de incendio y de muerte que hieren sin cesar nuestros oídos?

«Pero apartemos nuestras miradas de estas señales de una barbarie naciente, para fijarlas con dicha y plazca al cielo que sea con fruto para las almas, sobre las influencias saludables que posee la moral cristiana para santificar y hacer prósperas todas las sociedades humanas.

«La primera y la más importante es la *sociedad conyugal*, de la cual nace primero la familia, y que crea en seguida la sociedad civil.

«Gracias á la Iglesia, el matrimonio, despues de largas ignominias, apareció coronado de una diadema real. Transformado de este modo, no podía menos de convertirse en una fuente de insignes ventajas para la misma civilización... Darnos esposos atentos de una parte á secundar los designios de Cristo y de otra á ejercer el ministerio maternal de la Iglesia, y entonces la civilización será salvada. Los hijos que saldrán de los hogares domésticos para poblar la tierra llevarán profundamente grabados en su corazón las máximas de justicia que son las bases de la sociedad civil; estarán acostumbrados por una sabia educación á guardar la disciplina, á respetar la autoridad y á observar las leyes equitativas. En manos de estos padres se formarán caracteres enérgicos y firmes, que no se inmutarán ni se dejarán ganar por los vientos de las doctrinas mudables. En estos hogares domésticos santificados por la fe y por los ejemplos de los padres, los hijos tendrán la dicha de aprender á llevar á la sociedad la humanidad de los sentimientos, la lealtad de las relaciones, la constancia en guardar la palabra dada, etc...

«¿Y no es en verdad un atentado contra la civilización abrir la puerta al divorcio, consecuencia inevitable y fatal del matrimonio profanado? ¿No es emponzoñada la civilización, cuando el matrimonio, despojado de su esplendor y de su majestad religiosa, es abandonado á las manos de malvados obscenos, que, bajo el pretexto de la libertad y de la instabilidad de la naturaleza, vienen con impudencia y egoismo á hablarnos de ayuntamientos temporales ó, para hablar sin eufemismo, de goces brutales? En estas condiciones los pobres hijos expondríanse, privados de la mirada maternal, á perecer antes de tiempo, como flores que no vivifican los rayos del sol, ó crecerían sin dirección asegurada, sin sólidos vínculos de afección que los uniesen á la familia y por la familia á la patria. Y para hacernos gozar de una tal civilización, los enemigos de la Iglesia han emprendido su famosa lucha...

«Las ventajas que la civilización reporta de las doctrinas por las cuales la Iglesia ordena las relaciones de los hombres en la más amplia de las sociedades, la sociedad civil, son no menos considerables. El poder, dice la Iglesia, viene de Dios. Pero si el poder viene de Dios debe reflejar la majestad divina para aparecer respetable, y la bondad de Dios para ser aceptable y dulce á los que están sometidos á él. Cualquiera que tenga en sus manos las riendas del gobierno, sea un individuo ó una persona moral, haya recibido el poder por elección ó por nacimiento, en el seno de un estado democrático ó de una monarquía, no debe buscar en el poder la satisfacción de su ambición y el vano orgullo de estar sobre todos, sino al contrario el medio de servir á sus hermanos, como el Hijo de Dios, que no vino para hacerse servir, sino para servir á los otros. Palabras, máximas bien cortas, pero en las cuales no obstante está encerrada la más dichosa y la más consoladora transformación del poder que se puede desear... El poder que depende de las enseñanzas cristianas es modesto, laborioso, atento á favorecer el bien, detenido por el pensamiento de que, en el juicio final, son reservados castigos

á aquel que habrá gobernado mal... Si el poder saca de Dios su razon de ser, su majestad, su solicitud en procurar todo bien, es imposible creer que pueden rebelarse contra él, porque sería rebelarse contra Dios. La obediencia del súbdito debe ser franca y leal, debe proceder de un sentimiento íntimo y no del temor servil de los castigos; debe llevar con ella la prueba de su sinceridad y hacer aceptar voluntariamente los sacrificios reclamados por aquel que tiene en la mano el poder para desempeñar su ministerio... La Iglesia no aprueba los fautores de desórdenes, los enemigos sistemáticos de la autoridad; y la obediencia que inculca encuentra una poderosa compensacion en la transformacion del poder, el cual, convertido en cristiano y despojada de sus antiguas y deshonrosas inclinaciones hácia la ambicion y la tiranía, reviste el carácter de un ministerio paternal, sabiamente contenido en los límites de justicia del mandato. Si se salvan estos límites invadiendo el dominio de la conciencia, se encuentra en el hombre una voz que responde con los Apóstoles: Es necesario antes que todo obedecer á Dios. Los súbditos cobardes, á quienes serviles temores hacen temblar, no son criados en los brazos de la Iglesia. Nacen fuera de ella, en el seno de sociedades que no reconocen otro derecho exterior que el de la fuerza brutal...

«Benjamin Franklin, en el término de una vida pasada en medio de negocios públicos y madurado por una larga experiencia, escribía desde Filadelfia: «Una nacion no puede ser verdaderamente libre si no es virtuosa, y cuanto más corrompidos y depravados llegan á ser los pueblos, más tienen necesidad de tiranos.» Otro escritor, Hugo Piccolo, cuyo nombre honran y veneran los fautores de la *lucha por la civilizacion*, decia á su vez: «No se debe destruir la religion, porque un pueblo sin religion cae presto bajo un gobierno absolutamente militar!...»

«Así, pues, interrogando al hombre como individuo, al hombre en sus relaciones con sus semejantes, al hombre en la sociedad doméstica y civil, basta un exámen rápido

para convencernos de que las doctrinas de la Iglesia encierran los más preciosos gérmenes de la civilizacion, y que, puestas en práctica, conducirían infaliblemente á la más alta perfeccion moral que se puede esperar sobre la tierra...

«Y cuáles son los frutos que han recogido las costumbres públicas, cuáles son las ventajas que han reportado las relaciones domésticas y sociales de la funesta lucha emprendida bajo el especioso pretexto de abrir á la civilizacion nuevos y más altos destinos? La moral arrancada de las manos de la Iglesia y despojada por traicion de sus bases religiosas, ha permanecido flotante en los aires; ha cesado de ser la regla autorizada de las acciones; se ha convertido en el juguete y vil instrumento de todos los apetitos... «El hombre, ha osado decir un impío contemporáneo, santifica lo que escribe, y embellece con flores «de la imaginacion todo lo que ama.» ¿No es fácil, oyendo esto, permitirse, cuyo ejemplo dan los autores de estas teorías, hacer todo lo que es deshonesto, llamar divino el placer de los sentidos, insultar las leyes del pudor, para correr tras la belleza que huye como una sombra, y que en su destino primero debía elevar nuestra alma hácia Dios, como una escala bendita que nos conduce á Él, origen superior de todo lo que vale y atrae? Ved los frutos que ostenta la inmensa rebelion nacida en medio del mundo.»

Aquí acaba el resumen de la carta pastoral de S. S. Leon XIII. Séame permitido añadir lo que mi vieja experiencia me ha enseñado, sea de la civilizacion en general, sea de la civilizacion comparada de las naciones católicas y de las naciones protestantes, de lo cual á menudo se ha tentado hacer un argumento contra nuestra fe.

Tenia implícitamente el designio de escribir mis *Esplendores de la Fe*, cuando, en el prefacio de la primera edicion de mi *Telegrafo eléctrico*, dejaba escapar de mi alma y de mi pluma este grito de terror que debía resonar aquí.

En setiembre de 1845 estaba sobre el puente de Londres, centro y punto culminante de la civilización material más avanzada que se vió jamás. Mi imaginación estaba vivamente exaltada por el espectáculo, único en el mundo, de estos centenares de vaporcitos que cruzan con una velocidad excesiva las aguas del gran río, de estas locomotoras que parten mugiendo para devorar el espacio, de estos hilos metálicos invadidos por el rayo y que arrojan hácia todos los puntos del horizonte mensajes rápidos como el relámpago, de estas mil chimeneas de más altura que los obeliscos del mundo antiguo, y que dejaban caer sobre la inmensa ciudad los torrentes de su lúgubre humo.

Pero mi inteligencia estaba mas iluminada que nunca por las luces de la fe.

Pero mi corazon vibraba mejor que nunca al unisono de las inspiraciones consoladoras y eminentemente humanitarias de la religion cristiana y católica.

Pero yo comprendía mejor que no lo habia comprendido hasta entonces esta enseñanza celestial: ¡Gloria á Dios! ¡Paz á los hombres de buena voluntad! El reino de Dios puede sólo llevar á la tierra el reino de la justicia y de la dicha. La sola verdadera libertad es la de los hijos de Dios y la de los hermanos de Jesucristo.

Y hé aqui el sentimiento que me agitaba.

Mas todavía por la invencion del telégrafo eléctrico que por el empleo del vapor, el hombre ha llegado á ser gigante. Pues bien, las santas Escrituras nos cuentan que ya lo fué en los tiempos primitivos. Sí, hubo antiguamente una raza de gigantes, y su lamentable historia podria, si no nos ponemos en guardia, llegar á ser la nuestra. Un hijo de Dios encontró bellas las hijas de la tierra. Un loco amor deprovó de repente su corazon y oscureció su razon. El espíritu llegó tristemente á identificarse con la carne. Esta union insensata y criminal produjo los gigantes.

Y en efecto, cuando el genio del hombre concentra to-

da su actividad, toda su energia sobre la materia, cuando la anima en alguna manera con su soplo de vida divina, llega á ser como un gigante. Pero entonces, tambien en la embriaguez de su triunfo, se cree dios; no eleva sus miradas hácia el cielo, se recoge dentro de sí mismo, se encarna más y más en la materia, cuya masa acaba hasta cierto punto por absorberle. Y pronto comienza una terrible reaccion. La materia llega á ser reina, enerva y subyuga á su rey. Esclavizado, embrutecido por los sentidos, el espíritu pierde toda su elevacion; la ciencia se extingue, la industria muere y la barbarie comienza.

¿Acaso, en efecto, la civilización del siglo XIX, materialmente hablando, si no es la barbarie, no la toca de cerca? ¿Acaso en una estacion de un camino de hierro, la locomotora con su fanal rojo como la sangre, con su foco candente y los torrentes de vapor que arroja silbando, ó mejor dicho mugiendo y rugiendo, no es la barbarie? ¿Acaso esos largos trenes de wagones, rápidos como el relámpago, que un descarrilamiento imprevisto ó calculado arroja violentamente hechos trizas los unos sobre los otros, ó que la rotura de un puente precipita en el abismo, no son la barbarie? ¿Acaso no es bárbaro este convoy del coche de las postas de Londres ó de las Indias que pasando os da vértigos y hace penetrar el terror hasta la médula de vuestros huesos? ¿Puedese sin una barbarie excesiva condenar á millares de empleados, maquinistas, fogoneros, guarda-frenos, conductores, á permanecer tres dias y tres noches en pié sobre la locomotora ó sobre la imperial de los wagones, siempre inquietos, siempre temblorosos, siempre abrumados por el peso de una responsabilidad terrible? ¿No es hacerse bárbaro el mantener las estaciones abiertas los domingos y dias de fiesta, para todos los trenes de viajeros y mercancías, de grande y pequeña velocidad, sin interrumpir jamás los servicios de noche, que imponen á tantos obreros mal retribuidos á pesar de sus largas y penosas velas? ¿Acaso no son bárbaros los interminables túneles de mil doscientos y mil quinientos

kilómetros de largo, ahondados á fuerza de brazos, de tiempo y dinero, á través de las entrañas de los Alpes, y que pueden convertirse á cada instante en la tumba de los trenes que se empeñan en atravesarlos?

¿Acaso no son bárbaros estos inmensos paquebots atestados de viajeros, en número algunas veces de mil quinientos y mil seiscientos, condenados á atravesar el Océano á través de las más espesas brumas, asallados por los más violentos huracanes, escollados por montones enormes de hielo, con riesgo de ir á estrellarse contra las rocas ó de hundirse los unos sobre los otros en colisiones espantosas? Bárbaros estos monitores, estos navíos acorazados, verdaderos monstruos marinos, con su armadura de hierro, de treinta y cinco á cuarenta centímetros de espesor, sus torrecillas cubiertas de acero, sus cañones de cien á doscientas toneladas, su tan alto centro de gravedad, su tan grande inestabilidad, que basta un ligero abordaje de un compañero de camino para hacerles caer en el fondo de los mares con sus ejércitos de marineros y soldados. Bárbaros estos acorazados de cincuenta, sesenta, setenta, ochenta centímetros de espesor, que insulta á las balas de los cañones de ochenta, cien, ciento veinte toneladas. Sí, bárbara, archibárbara, la lucha encarnizada y sin fin de la bala que quiere traspasar la coraza, y la coraza que desafia á la bala: lucha que ha hecho decir á un gran poeta: «Cuando se hayan encontrado corazas capaces de detener todas las balas, se fabricarán balas capaces de traspasar todas las planchas.»

Bárbaras estas colosales industrias de vidrios, de hierro y hulla con sus inmensas corrientes de materias decretidas, que cualquiera creería son furiosos torrentes de lava. Bárbaros estos montones enormes de hierro candente que queman á los hombres que los arrastran para arrojarlos como pasto á los cilindros y martillos. Bárbaros estos martillos-yunques que pulen árboles de hierro gruesos como el cuerpo de un hombre. (La masa activa del martillo-yunque expuesto por Creuzot en el Cam-

po de Marte pesaba ochenta toneladas, ochenta mil kilogramos. La altura de caída del yunque era de cinco metros. Esta altura de caída multiplicada por el peso de 80,000 kilogramos dá un trabajo de cuatrocientos mil kilogramos). Bárbaras estas oleadas de ardientes chispas que arrojan por doquiera el incendio. Bárbaras estas llanuras verdes en otro tiempo, desnudas hoy y desoladas en todos sentidos, despojadas de su mineral de hierro y carbon, sembradas noche y día de lúgubres fuegos, cubiertas de nubes siniestras y de pálido humo. Bárbaros los pozos de cuatro mil metros de profundidad, hácia los cuales corren vastas y largas galerías subterráneas, periódicamente invadidos por el grisú, agente cruel de explosiones formidables que sobrevienen en el momento más inesperado, y hieren como el rayo á una población de bravos obreros, encargados la mayor parte del cuidado de una numerosa familia. Bárbaras estas máquinas de vapor más y más monstruosas de las fábricas, de los navíos y de los paquebots. Una de las máquinas de navío de vapor expuestas en el Campo de Marte habia alcanzado la fabulosa cifra de 8,000 caballos de vapor.

Bárbaras, bárbaras las exigencias y los empujes de la civilización que hacen las ciudades más y más inmensas. ¿Quién no ha sentido que estaba perdido, aniquilado, despojado de su personalidad, errante, desolado como el hombre que ha perdido su reflejo ó su sombra, á través de estos ómnibus, estos tranvías, estos coches de plaza, estos otros vehículos de todo género que cruzan ahora las calles de nuestras grandes ciudades? No se puede hoy pasar de un andén á otro, en ciertos barrios de París, sin correr riesgo de la vida. Ha sido preciso crear refugios; presto será necesario establecer pontones. Un diario parisien sella esta barbarie con estos términos perfectamente chispeantes: «En las esquinas de las calles más frecuentadas, tales como las de Montmartre, Richelieu, etc., los guardias de paz acostumbra hacer pasar, alternando, una HORNADA de andadores y una HORNADA de coches. Pero acontece algunas

veces que los agentes olvidan completamente á la infantería, de suerte que ésta sólo puede desembocar cuando el desfile de la caballería ha terminado completamente, lo que es muy poco agradable para los desgraciados infantes.»

Barbaros estos admirables boulevards que hacían las delicias de los parisienses y de los extranjeros, en que se respiraba con facilidad, pero hoy embarazados hasta el exceso y cruzados por muchas líneas de tranvías, cuyas cornetas, que ensordecen, suenan como un rebato perpetuo.

Barbaras estas estaciones de la línea férrea del distrito, en las cuales millares de hombres, mujeres y niños, esperan amontonados la señal de la libertad. Todos tiemblan de alegría oyendo el silbo de la locomotora. Pero esta alegría cede el lugar á la desesperación cuando se ve que el tren está lleno enteramente de viajeros.

Barbaras estas filas interminables de personas condenadas á esperar en medio de la lluvia, el hielo ó la nieve á que abran las puertas de los teatros, de los salas de concierto, ó de las otras reuniones públicas.

Mas barbaras todavía eran estas largas filas de séres humanos empujándose para lograr sitio en torno de los despachos de distribución para obtener, despues de media ó de una hora de espera, algunas raciones de pan negro ó de carne, con una gota de vino.

Barbaros estos inmensos almacenes del Louvre, de la Bella Jardinera, del Puente Nuevo, del Bon Marché, etc., en que se atropella, en que se hacen trabajos y cortes interminables, etc. etc., y los que han determinado el que se cierran millares de pequeños establecimientos que hacían vivir honradamente á sus pacíficos poseedores.

Barbaros estos hoteles continentales en los cuales el orden está en la fusión y la confusión.

Barbaros, barbaros estos grandes cafés transformados en ciudades permanentes, en los que pasan en cierto modo el día y una parte de la noche, siempre hablando, siempre fumando, siempre bebiendo.

Barbaros los restaurants en que comen aturridos, deslumbrados, ensordecidos, millares de convidados.

Barbara esta Bolsa enloquecida, en que los gritos tumultuosos de compra y venta, de alza y baja, crúzanse salvajes en todos sentidos y que traga tantas fortunas.

Barbaros estos Bancos nacionales á los cuales un solo estafador puede sustraer muchos millones sin que lo adviertan ó se atrevan á quejarse de ello.

Barbaro este impulso irresistible que arranca á los habitantes de los campos de sus tranquilas cabañas y los lleva á las ciudades para amontonarlos en los talleres, en las fábricas, en las canteras, en las cloacas.

¡Sí, bárbara, bárbara esta civilización excesiva, insensata! El antiguo Boileau encontraba ya bárbaro el París de su tiempo. Huiría espantado del París del siglo XIX.

Pero todas estas barbaries que no hemos hecho más que bosquejar son barbaries materiales, necesidades fatales de los tiempos, forzosas consecuencias del progreso, inspiradas, realizadas por el espíritu de invención, por obras de genio que hacen el mayor honor á la humanidad. Son crueles, extravagantes, pero buenas en sí mismas. Pues bien, hay otras barbaridades morales, necesidades también de los tiempos, que no son esencialmente malas y que no son menos desastrosas.

Por ejemplo, barbaros moralmente los ejércitos permanentes, el servicio militar universal que arranca, y por cinco largos años, del hogar doméstico, lo más selecto de las poblaciones y lo condena al cuartel, á la vida de guarnición con sus consecuencias homicidas. ¡Sí, barbaras estas leyes draconianas que consagran quinientos mil hombres, jóvenes y vigorosos, arrancados la mayor parte á la agricultura, la más fecunda, la más saludable, la más moral de nuestras industrias, no al celibato solamente, sino al libertinaje! Atentado material contra Dios y la humanidad.

Más bárbaro todavía esta concentración de nuestra juventud hácia las asalariadas funciones de la centraliza-

ción y de la burocracia. Muchos á porfia dejan su pueblo natal. Muchos abandonan su villorrio disgustados del comercio monótono de menudencia, pero honrado, y que crearía una existencia modesta. No se contentan con esto. Es preciso correr hácia las oficinas de prefectura y de sub-prefectura, ó hácia la gran capital, y vivir tristes como una planta sin sol en el seno de los escritorios, en la semi-ociosidad de una vida malsana. ¿Quién no sabe ¡ay! que las sanguijuelas del Estado, como todos los séres parásitos, son no solamente sus más inútiles servidores, sino sus íntimos enemigos?

Hay otras barbaries más desoladoras todavía que son la deshonra de la sociedad moderna en general, de la sociedad francesa en particular; son las que he designado con el nombre de *pecados á sangre fría*: el trabajo en domingo, que hace ateas á las naciones; el reposo del lunes, que es la causa de la tristeza y ruina de las familias; el olvido voluntario de los preceptos de la Iglesia, de la abstinencia y del ayuno, preceptos sin embargo tan higiénicos y de tan buena economía pública; el beneficio ilícito sobre el precio de compra y venta á costas del amo, indelicadeza refinada que aboga en el alma de los servidores todo sentimiento de honradez; la alteración de las pesas y medidas, las falsificaciones y sofisticaciones de todas las sustancias alimenticias, y otros crímenes semejantes de lesa humanidad. En fin, y sobre todo, la violación de las leyes que deban presidir á la union del hombre y de la mujer, crimen monstruoso, lucha abominable del cálculo ateo contra la religion, la razon, la naturaleza y la misma pasión, origen desastroso de una infinidad de males, cáncer devorador adherido al corazon de Francia y que prepara activamente su decadencia.

Hay tambien un hecho incontestable, que debemos recordar aquí, y que prueba hasta la evidencia la barbarie de la civilizacion. Hoy en Europa, estando en su apogeo, ¿quién diría que la gran ocupacion del hombre es atentar contra su vida? Se mata por la sed de grandezas, por el bu-

llicio de los negocios, por las preocupaciones de la industria y del comercio, por la estancia casi habitual en las inficionadas atmósferas de los teatros, cafés y garitos, por las danzas desenfundadas que se prolongan toda la noche, por el abuso del tabaco y de los licores alcohólicos, el ajeno sobre todo; por la pasion de los caballos y de las carreras; por las exaltaciones del juego; por los atentados directos contra la vida, que van multiplicándose en una proporcion desesperante. Y las enfermedades terribles, casi desconocidas antiguamente, que por sí solas cortan el hilo de la vida á más de la mitad de las víctimas de la muerte: las sífilis, los abortos, las fiebres puerperales, el crup, la fiebre tifóidea, la anemia, la palidez del color, la tisis pulmonar sobre todo, que yo llamaria voluntariamente el sello de la bestia, el fruto de muerte de la civilizacion. Un célebre médico inglés ha hecho la historia, la etiología y como la teoria de las ENFERMEDADES MODERNAS. *Diseases of moderne life*, por el doctor Richardson, en 12.^o, 520 páginas. Londres, Macmillan, 1875.

Una palabra ahora de la civilizacion comparada de las naciones germánicas ó anglo-sujonas, en otros términos, de las naciones protestantes y de las católicas. Las naciones católicas en otro tiempo evidentemente aventajaban á las protestantes. Italia, Francia, España y Portugal tienen en su historia páginas admirables. Abrazaban ó poseían el mundo entero, cuando Inglaterra, Alemania y América no se conocían ó no habían salido de sí mismas. ¿Qué más magnífico que la España de Felipe V ó la Francia de los primeros años de Luis XIV? Y nótese bien, era su fe católica, apostólica, romana la que habia hecho á estas naciones grandes entre todas. Los pueblos señores del mundo son únicamente los que se dan por mision la mision divina: «Id, enseñad á todas las naciones, bautizadlas, y enseñadlas á guardar mis mandamientos.» Pues bien, el apostolado de la fe y de la civilizacion, lo hemos probado superabundantemente, es propiedad del genio católico, está enteramente sobre las fuerzas del genio he-

rético ó cismático. El apóstol debe ser santo; pues bien, el inglés, el alemán y el anglo-sajón protestante no tienen en el mismo grado que las naciones latinas el sentimiento de santidad. Hasta se glorian de no aspirar á ella.

Pero los tiempos han cambiado: si las razas latinas dominaron en lo pasado, han perdido el imperio del presente y más todavía el del porvenir. Al fin de la guerra de 1870, la Germania, embriagada con su victoria, gritaba á nuestra hermosa Francia: «Tu reinado ha acabado; el mio comienza: las razas latinas han tenido ya su tiempo; las razas alemanas van á aparecer radiantes; el porvenir les pertenece.»

Aun cuando fuese así, aun cuando esta inferioridad actual fuese real, no podría hacerse de ella un argumento contra la religion católica. Porque es evidente, al contrario, que si Italia, Francia, España y Portugal han cesado de ocupar el primer rango entre las naciones, es porque han perdido el espíritu católico. Por la fe conquistó España el Nuevo-Mundo y Filipinas; Portugal, las Indias y el Brasil; Francia, una parte de la América y el Canadá. Hoy, justamente con el espíritu católico, estas mismas naciones han perdido el sentimiento de autoridad, de la autoridad religiosa, de la autoridad política, de la autoridad civil, de la autoridad doméstica, y esta pérdida sería sola la causa de su decadencia.

Las naciones latinas, Francia sobre todo, tienen todas las cualidades de un conquistador. Son corcel, torrente y río á la vez. Pues bien, para que den no la muerte, sino la vida, es necesario al torrente su lecho profundamente ahondado, al río sus diques, al corcel su freno.

El genio de las naciones latinas, más que todo otro el genio francés, es razon lógica y acción á la vez; y si le inoculais las teorías revolucionarias ó filosóficas, sus cualidades nativas llegan á ser disolventes enérgicos. Mientras que en los espíritus más lentos y densos de las razas anglo-sajonas ó germánicas, estas doctrinas podrán permanecer largo tiempo en el estado de teoría sin entrar en la práctica, errores más bien que crímenes.

¿Qué se necesitaria, pues, para volver á Francia, España é Italia la paz, la prosperidad y la grandeza? Tendríase simplemente que, no diré aniquilar, no diré convertir, sino que hacer impotentes para el mal en España cien, en Italia trescientas y en Francia quinientas, tal vez mil VOLUNTADES MALAS.

Pero hagamos una comparación directa de las razas latinas y de las germánicas.

La superioridad intrínseca de las razas latinas es evidente. Los suelos de Francia, España, Portugal é Italia bastan plenamente para el sustento de sus habitantes. El cielo les es clemente, el clima es templado, la atmósfera es dulce. La carne, el pescado, el trigo, el vino, el aceite, la miel, el azúcar, todos los elementos confortantes de la vida superabundan en ellas. La necesidad imperiosa de la emigración no las diezma anualmente.

El medio ó el elemento del genio alemán es la sombra, sueña; el medio del genio inglés es la niebla, se aburre; el medio del genio francés es el suelo, obra; el medio del genio italiano es el aire, canta; el medio del genio español es el cielo ora.

Pero estudiemos más de cerca las naciones protestantes, y veamos en qué se convierte su pretendida superioridad.

LA INGLATERRA.—Un poeta, el marqués de Jouffroy, ha dicho de Inglaterra con mucha razon:

Salut, froide Albion, terre de l'industrie.
D'un peuple mécanique insipide patrie;
Ton chef d'œuvre à mes yeux est la barque à vapeur
Qui permet de te fuir, malgré l'onde en fureur!

«Salud, fria Albion, tierra de la industria, insípida patria de un pueblo mecánico; tu obra maestra es á mis ojos el buque de vapor, que permite huir de tí á pesar de los furoros de las ondas.»

El país.—El suelo de Inglaterra apenas produce lo que es indispensable á la vida; su clima es triste, la niebla reina en ella como soberana. Encerrados en su isla fria y húme-

da, á la que no se desembarca siempre sin peligro, los ingleses son condenados á ir á buscar lejos el alivio y el placer.

La Religion.—Como nacion Inglaterra es cristiana. Organiza Misiones, pero que sólo tienen del apostolado el nombre. Esparrama con profusion biblias, *extractos* religiosos. Pero individualmente no tiene fe, no ora. Ved á un inglés que va á un sermón. Va con la misma actitud regular que si se dirigiese á sus negocios; pero se ve, se siente que no piensa en la oracion. Una vez ha entrado en el templo, oculta un instante su semblante en su sombrero, y se sienta. Esto es todo. Cuánta verdad en este rasgo satírico del mismo poeta:

...Et je rirai toujours
De cet peuple dévot une fois en sept jours!

«Y yo me reiré siempre de este pueblo devoto un vez cada siete dias.»

Su riqueza.—El gran negocio de Inglaterra es todo lo que cree pueda enriquecerla, el comercio con sus crisis desastrosas, la gran industria con sus perjuicios ruinosos, la colonizacion con la emigracion y sus innumerables víctimas.

...Un homme est enterre;
Mais un tonneau de fer au commerce est livré.

«Un hombre es enterrado; pero es entregado al comercio un tonel de hierro.»

En Lóndres, dice M. J. Pecchio, en vez de decir que un fabricante emplea tal número de obreros, dicese comunmente que ocupa tal número de *hands*, esto es, de brazos; como si los obreros fuesen simples máquinas, ó esclavos sin cabeza, sin corazon, sin alma, lo que es demasiado verdad. «Ved como nuestras ciudades populosas, decia el doctor Pusey, nuestros puertos, nuestras minas, nuestras

fábricas, están sumidas en una profunda desolacion; son, salvo la suspension de la pena, tipos del infierno.»

La Inglaterra es rica, muy rica, pero esta opulencia territorial ó comercial es el privilegio esclusivo de un pequeño número de familias aristocráticas que la apostasia de la fe católica y el favor de Enrique VIII hicieron dueñas absolutas del suelo, ó de algunas personalidades conocidas, cuyos millones de libras esterlinas hacen un odioso contraste con la miseria extrema de las multitudes que las han enriquecido con sus sudores, sus fatigas, sus lágrimas, su lamentable extenuacion.

En Lóndres el número de individuos reducidos á una pobreza extrema, á una miseria sin nombre, es incalculable. La estadística oficial acusa un indigente sobre ocho habitantes; puede y debe decirse que hay uno sobre cuatro. Aun en tiempo ordinario, millares de obreros están sin trabajo alguno, y los infortunados *leave men* viven al aire libre, de inmundicias ó del latrocinio. El público sabe cada año que un gran número de habitantes han muerto de hambre. En tiempo de crisis es mucho más espantable todavía. Sólo citaremos un hecho entre cien otros. En 1857 inmensas tropas de obreros se paseaban á lo largo de Oxford-Street, gritando á cada instante con voz sepulcral: *All out of work!* (¡Todos sin trabajo!); *All starving!* (¡Todos muriendo de hambre!) É iban por la ciudad lanzando el grito siniestro de *Woe! Woe!* (¡Desgracia! ¡desgracia!)

Y lo que es más triste y horrible, es que el pobre inglés es este pobre orgulloso, que Dios odia. Todos estos mendicantes, aun los borrachos que se ven cada mañana muertos sobre el empedrado de las calles, tienen su sombrero, su chalé, su vestido con volantes.

Como consecuencia natural de esta terrible miseria, el vicio se ostenta descaradamente, no solamente en las calles tortuosas y sombrías de la ciudad, sino en las vias más espaciosas y despejadas. La prostitucion ha tomado proporciones verdaderamente espantosas.

Aunque la tasacion de los pobres sea un impuesto extremadamente oneroso, los socorros concedidos á los indigentes son enteramente irrisorios. Los habitantes ó más bien los prisioneros de Works-Houses son hacinados en locales demasiado pequeños, mal oreados, infectos. Y jamás estos infortunados, aun los atacados de enfermedades graves, recibirán los cuidados atentos y delicados de religiosos consagrados á ello. La caridad evangélica no existe en Inglaterra, se ha sustituido con la herejía por una filantropía glacial.

Su moralidad.—La embriaguez es el defecto comun del pueblo inglés. El abuso de los licores alcohólicos ha invadido todas las clases de la sociedad. Las mismas mujeres, hasta las mujeres de la alta sociedad, tienen una pasión por el *gin*. Forzoso es tener por criadas á doncellas muy jóvenes. Á los treinta años la templanza es una excepcion rara.

En Glasgow diez mil individuos se embriagan el sábado por la tarde, inmediatamente despues de la paga, y permanecen borrachos el domingo, el lunes y algunas veces el martes. En esta misma ciudad se recogen veinte mil mujeres, borrachas hasta el extremo de no poder tenerse en pié. En Edimburgo, ciudad sin embargo puritana, se han creado vastos establecimientos en los cuales se pone en práctica, sobre una vasta escala, el arte de perder la razon por un PENNY, DIEZ CÉNTIMOS. ¿Y cuáles son las consecuencias necesarias de estas abominables estadísticas? La más profunda miseria, la promiscuidad de los sexos, la locura, el crimen. La enajenacion mental causada por la borrachera habia alcanzado, hace ya algunos años, esta formidable proporcion: de 1.271 locos, cuyos antecedentes se han podido conocer, 649, esto es, más de la mitad, perdieron la razon por el uso de las bebidas alcohólicas. En la clase indigente es mucho peor todavía. Los dos tercios de los ingleses pobres son intemperantes.

La probidad.—En 1734 ya la *Revista Británica* hacia la suma siguiente de los robos cometidos durante el año:

Robos por domésticos, 17.000,000; robos sobre el Támesis, 12.000,000; robos en los docks y en las vias públicas, 13.000,000; robos por la moneda falsa, 50.000,000; robos por billetes de Banco falsos, 40.000,000. Aquel año la ciudad de Londres contaba 1.200,000 habitantes. Era, pues, un impuesto de 43 francos 75 céntimos por cabeza. Todavía es preciso notar que en esta estudivosa nomenclatura, se omitieron los robos cometidos por los cajeros. ¿Qué seria si hiciésemos las sumas de 1877 ó 1878?

La familia.—El *Diario de los Debates*, gran admirador sin embargo de Inglaterra, no vaciló en decir un día que, si se tenia que considerar lo que se ve fuera, sin traspasar el muro doméstico, se debería admitir que casi todos los maridos ingleses pegan á sus mujeres.

En la sesion de 1853 M. Fitz-Roy decia en pleno Parlamento: «No pueden leerse los diarios sin horrorizarse uno constantemente, ¡tan numerosos son los ejemplos del tratamiento brutal y cruel usado con el sexo débil por los hombres, cuyas atrocidades debieran hacer enrojecer las frentes inglesas! Las mujeres son vendidas por sus maridos, los hijos por su padre y su madre; existen mercados públicos en que los hijos de ambos sexos son ofrecidos al mejor postor.

La justicia.—No hay en Inglaterra código, y nadie puede gloriarse de conocer las leyes. La magistratura inglesa es pródigoamente retribuida, los salarios de ciertos jueces se elevan á la enorme cifra de setecientos cincuenta mil francos. El Presidente del tribunal del Banco de la Reina recibe hasta dos millones quinientos mil francos. Y en ninguna parte la justicia es ni más lenta, ni más ruinosa. El más pequeño proceso, juzgado en el tribunal de Asises, cuesta al que gana quinientas libras esterlinas, doce mil quinientos francos. Nuestras Hermanas del Buen Socorro de Angers, establecidas en Hammers-Smith, son denunciadas por una joven arreputada como culpables de servicia, porque la obligan á levantarse á las seis de la mañana. Son abusuelas, pero los gastos han excedido de

doce mil francos. El proceso mejor fundado por falsificación arruina al que osa intentarlo.

En el tribunal supremo, la Cancillería, las causas llevan consigo tanto tiempo y gastos tan enormes, que el solo nombre de Cancillería hiela de terror. Es un antro devorador del que es imposible salir, cuando se ha entrado en él. Esto es mucho, es demasiado.

Evidentemente, las naciones latinas ó católicas nada tienen que envidiar á Inglaterra bajo el aspecto de comodidad, costumbres, leyes é instituciones. Vista de cerca, pierde, por decirlo así, todo lo que de lejos podía seducir ó engañar la mirada del observador algo atento. Digamos, pues, terminando con Montesquieu: «Cosa admirable! la religion cristiana, sobre todo la religion católica, que parece no tener otro objeto que la felicidad de la otra vida, hace tambien nuestro dicha en esta.» (*Espíritu de las Leyes*, cap. XIV, p. 33.)

LA ALEMANIA.—En cuanto á Alemania, no haré más que resumir aquí un pequeño trabajo que he publicado bajo este título: EL PUEBLO REY DEL PORVENIR. Fué desde luego una conferencia hecha en el salon del Gran Hotel de la Paz, en plena guerra de 1870.

La Germania exclama pues: «Las razas latinas han tenido su tiempo, la hora de las razas alemanas ha sonado, serán de aquí en adelante el pueblo del porvenir.» Veamos lo que hay de verdad en estas insensatas aspiraciones... La fuerza de un pueblo, lo que le consagra rey del porvenir, es su GENIO. El punto de apoyo de la fuerza ó del genio es el SUELO. El instrumento de la fuerza y de las conquistas del genio es la LENGUA. Pues bien, la Prusia, aun cuando fuese la Alemania toda entera, no tiene ni el genio, ni el suelo, ni la lengua que constituyen la fuerza. Comencemos por el suelo.

El suelo alemán es impotente para alimentar á sus hijos. Así ¿qué respondía M. de Bismark á los que le acriminaban porque sacrificaba trescientos mil hombres á su rencorosa envidia á Francia? «Trescientos mil hom-

bres son los que Alemania arroja á la hidra de la emigración.» ¿Cuántos españoles, franceses é italianos se cuentan en Alemania? Infinitamente pocos. Y estos raros emigrados mueren de tedio. ¿Cuántos prusianos se cuentan ó contaban antes de la guerra en Francia? Millares, centenas de millar. ¿Y qué hacían entre nosotros estos millares de prusianos, de alemanes? Todo lo que nosotros no queríamos hacer. Francia ha sacado de su suelo en menos de dos años los cinco mil millones de la indemnización de guerra. La Alemania se ha tragado nuestros cinco mil millones, y ya la crisis financiera la hace lanzar gritos de miseria.

El genio.—El porvenir pertenece al genio de invencion; pues bien, el genio alemán no inventa. Añado que no cree, ó que apenas cree en la posibilidad de la invencion. Esto es tanta verdad que en Prusia, y es una anomalia escandalosa que mil veces ha desesperado á nuestros inventores franceses, es casi imposible obtener la sancion de un descubrimiento hecho en el extranjero. La Prusia sólo ha realmente inventado, ó mejor, fabricado su cañon Krupp. mónstruo más y más horrible, informe, inmenso. Y lo que prueba muy elocuentemente la barbarie de la civilización del siglo XIX, es que el cañon Krupp ha valido á su autor una renta anual de dos millones de francos, y que paga al Estado un impuesto de 70,000 francos.

Los alemanes son sabios, sí. Han contado en su seno sabios de primer orden. Pero desde luego estos sabios de primer orden, los Jacobi, los Gauss, los Dirichlet, eran de raza semítica y no germánica. Y los otros son sabios á su manera, sabios á seguro, á la manera de los eruditos. Estableciendo y analizando pacientemente los hechos, arrojan perezosamente la pequeña bestia. El espíritu alemán habita demasiado entre las nubes y el humo del tabaco, y vive demasiado de sueños. Pues bien, el reino del sueño es un reino mentiroso y efimero. Tambien es propio del genio alemán desvanecerse en sus propios pensamientos y llegar á todas las inmunidades del error. Ved á Kant,

Hegel, Fichte, Feuerbach y Strauss. Deben todo su prestigio á las nubes de que se rodean. Sus más ensalzadas teorías son delirantes negaciones. Para ellos las cosas grandes y santas, Dios, el universo, no tienen certeza objetiva. No son más que realidades distintas del espíritu que las concibe. Osan decir que su sólo pensamiento engendra á Dios, engendra al mundo, engendra la sociedad. Delirios, abstracciones, y por corolario de sus delirios, de sus abstracciones, la desesperación y la nada. Es el espíritu prusiano en su supremo poder.

La lengua.—La lengua alemana es una lengua muy rica, filológicamente, atrevida en su composición, original y aun rara en su gramática, como si temiese que se comprenda demasiado pronto lo que quiere decir. Pero no es de ningún modo la lengua del apostolado y de la enseñanza. Ni siquiera es una lengua popular. Permanece forzosamente ignorada de la mayoría de aquellos que la hablan, casi tanto como el chino. En realidad, la lengua alemana no es hecha; está y estará siempre por hacer. Se la aprenderá por necesidad, se la hablará por fuerza y se la olvidará tan pronto como se podrá...

Mi tesis está probada hasta la evidencia: el suelo, el géneo y la lengua de las razas germánicas no caracterizan de ninguna manera á un pueblo dueño del porvenir. La Prusia tan arrogante es, mal que le pese, lo que ha sido en estos últimos años, el azote de Dios que cesará, la fuerza que se gastará, la vara que se romperá. La supremacía, en el porvenir, como aconteció en el pasado, pertenecerá, cuando hayan expiado sus extravíos, cuando hayan sacudido el yugo de la minoría audaz, á las razas latinas, y entre ellas á la raza francesa, á la Francia.

¿Y qué sería si yo hubiese invocado en favor de mi tesis los síntomas de descomposición, digamos mejor, de barbarie, que despuntan en todas partes en el seno del imperio de Alemania? La invasión del socialismo, la exaltación de las reuniones populares, la emancipación de las mujeres, el abandono de la Iglesia nacional, el desprecio de los mi-

nistros del culto ó su aislamiento de las masas, los vicios que se desbordan más y más, el pauperismo que aumenta visiblemente, el aniquilamiento de las arcas del Estado, etc.? Es un grito universal que los vicios de Berlín vienen á superar los de París, Londres, Nueva-York, etc.

Los Estados Unidos.—¿Cuánto más terrible hubiera sido el cuadro comparativo de la barbarie de las razas anglosajonas si hubiese comparado las razas latinas á los Estados Unidos de América! Este pueblo cuya independencia apenas data de un siglo, ha alcanzado ya los últimos límites de la civilización demasiado avanzada. El dios *dollar* reina como soberano dueño sobre todas las clases de la sociedad. Cuando se toman informes sobre álguien, no se pregunta como en Europa: ¿Es honrada esta persona? sino: ¿Es hábil? *'S mart?* Ya es bastante que la moral sea tenida por poca cosa en la apreciación de los americanos. Profesan á la vida un desden absoluto, como si fuesen los años de ella. Dos capitanes de steamers se encuentran en uno de estos bellos ríos que atraviesan majestuosamente la América en todos sentidos, y no vacilarán en sacrificar cien ó doscientos pasajeros confiados á sus cuidados, únicamente para adelantarse al buque rival. Ponen en práctica al pié de la letra estas palabras de Bonaparte: «Los hombres no son nada, los minutos son todo.» Y así en ellos no hay niños. A los doce años, vereis á un adolescente sentido gravemente en un escritorio de caja, hablando con el aplomo de un hombre de cuarenta años. Los americanos no viven, queman la vida. El sentimiento está extinguido en ellos; sólo tienen lugar para la sensación. La justicia es venal; cuántas veces la corrupción de los jueces se ostenta á la luz del día! La instrucción es precoz; la educación viciosa. ¿Qué pensar en efecto de estos vastos colegios en que los dos sexos siguen los mismos cursos y tienen juntos sus recreaciones? La caridad no existe. Nada más común que encontrar por la mañana en las calles á muchos infortunados muertos de hambre. Y si la deshonrosa plaga de la esclavitud ha desaparecido, despues de

una verdadera guerra de exterminio, no se crea que los Estados del Norte estén animados de sentimientos más humanos que los del Sud, pues esto sería un error grosero. Sólo la política dictó la actitud tomada por el Norte. ¡Y este horror á los hijos, que aumenta cada día en el seno de las clases ricas! ¡Y estos abortos innumerables practicados insolentemente por proxenetas millonarios que ostentan su lujo fastuoso en landós tirados por seis caballos!

Lo que salvará á la jóven América de la decadencia absoluta es su respeto por la libertad religiosa. Gracias á esta tolerancia de todas las religiones, el catolicismo ha plantado valientemente su bandera sobre esta verdadera tierra de la licencia, y á la sombra de sus gloriosos pliegues han venido á colocarse todos los elementos de una próxima generacion de estos bellos y extensos Estados Unidos; cuya poblacion de muchos colores aseméjase mucho á la de la ciudad fundada por Rómulo.

LA IGLESIA Y EL ESTADO.—EL DERECHO DE POSEER QUE TIENE LA IGLESIA.—EL PODER TEMPORAL DE LOS PAPAS.—*La Iglesia y el Estado*.—¡Cuán bello, cuán fecundo en enseñanzas preciosas es el segundo salmo de David, que jamás he leído ú oído cantar sin un profundo terror: «¿Por qué las naciones se estremecen y meditan cosas vanas? ¿Por qué los reyes de la tierra se han levantado y los príncipes se han coligado contra el Señor y contra su Cristo? Rompamos los lazos que nos unen con ellos y arrojemos lejos de nosotros su yugo. El que habita en los cielos se reirá de su rebelion; el Señor se burlará de ellos. El Cristo les hablará; en su ira y furor les confundirá. Yo he sido establecido rey por Dios mi Padre sobre Sion y en la montaña santa para intimar sus órdenes. El me ha dicho: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado (en tu nacimiento humano, como te he engendrado en tu generacion divina y eterna). Porque me lo pediste, te he dado las naciones de la tierra por herencia, y tu posesion se extenderá hasta las extre-

midades de la tierra. Las gobernarás con una vara de hierro, y las quebrantarás como el alfarero quebranta (cuando le place) el vaso (pulverizado por las manos), (esto es, serás para ellas la resurreccion ó la ruina). Y ahora, reyes, comprended (vuestros deberes), príncipes, instruís, Servid al Señor con temor, y que vuestra alegría en él no sea sin un cierto temblor. Abrazad su doctrina, por miedo que algun día no se irrite, y sorprendiéndoos fuera del camino de la justicia, no os haga perecer. Felices los que, cuando su cólera se inflama de repente, habrán puesto su confianza en Él.

¡Cuán clara y terrible es esta sentencia! No son solamente los individuos, sino las naciones, los pueblos, los Estados, los gobiernos los que pertenecen á Jesucristo, los que le deben obedecer mal que les pese. Y porque Jesucristo ha transmitido todos sus derechos á su Iglesia, todos, naciones, gobiernos, Estados, soberanos, deben pertenecer á la Iglesia, obedecerla. Este es el gran oráculo de Isaías y de David: «Dominará sobre todas las naciones. Todas las naciones le servirán.» No solamente á los particulares, sino á las ciudades, á las naciones, á los imperios, se aplican estas palabras del divino Salvador: «El que no está conmigo está contra mí.» Y el oráculo de san Pedro: «Sólo hay salvacion en Jesucristo. Ningun otro nombre ha sido dado bajo el cielo á los hombres por el cual puedan ser salvados.»

Jesucristo ha dicho á todas las ciudades, dirigiéndose á Jerusalem: «Jerusalen, Jerusalem, cuántas veces he querido reunir á tus hijos, como una gallina junta sus pueñuelos bajo sus alas, y tú no has querido!... Mira que todas tus casas estarán desiertas y serás hollada por los gentiles...»

Jesucristo ha dicho del mismo modo á todas las naciones, hablando á Corozain y Betsaida: «¡Ay de tí, Corozain; ay de tí, Betsaida; porque no habeis hecho penitencia, porque no os habeis convertido á la verdad, á pesar de los brillantes milagros que han sido obrados en vosotras!»

Las consecuencias sacadas de los santos Padres, de la tradicion toda entera, de los Concilios, de los Soberanos Pontífices hablando *ex cathedra* á toda la Iglesia, son numerosas y capitales; sólo podemos aquí enunciarlas, resumiendo fielmente, con sus propias palabras, el tratado dogmático del R. P. Liberatore, S. J., *La Iglesia y el Estado*, París, Victor Palmé, 1877.

La Iglesia es una sociedad perfecta y suprema entre todas las sociedades, y no debe estar subordinada á ninguna otra sociedad inferior.

Toda sociedad debe someterse á la Iglesia. De nada sirve invocar la diferencia entre los dos órdenes de sociedad, la una espiritual, la otra temporal. En sus relaciones mútuas, en las cosas que por sí mismas se refieren exclusivamente á la vida presente, esta diversidad lleva consigo para el Estado una independencia relativa, pero no absoluta. Pero en las cosas que tocan, directamente y por sí mismas, á la religion, á la justicia y las costumbres, el Estado debe conformarse á las prescripciones de la Iglesia. En fin, aun en las cosas que son de su competencia, el deber del Estado es no hacer nada perjudicial á la moralidad de sus súbditos y al culto de Dios. Y la Iglesia tiene el derecho de corregir y anular todas las disposiciones injustas é inmorales que hayan sido tomadas, aun en el órden temporal.

Habría confusion de la Iglesia y del Estado, si la Iglesia estuviese subordinada al Estado; pero no resulta ninguna confusion de la subordinacion del Estado á la Iglesia: el cuerpo no se confunde con el alma, aunque esté subordinado á ella.

Separado de la Iglesia, el Estado ni aun puede alcanzar el fin de la sociedad civil.

El órden natural debe estar subordinado al órden sobrenatural, la naturaleza á la gracia, la vida presente á la futura. La doctrina católica no admite ni la supremacia del Estado sobre la Iglesia, ni la independencia absoluta del Estado, ni aun la separacion de la Iglesia y del Esta-

do, porque toda sociedad instituida para el bien del hombre no puede hacer abstraccion de lo que es el bien supremo de la humanidad. Tíenese que ser insensato para imaginar que teniendo entrambos su origen en Dios, el más noble, el poder espiritual, pueda estar sometido al poder temporal. La humanidad es un cuerpo único, la Iglesia el cuerpo de Jesucristo. Luego, á pesar de que existen en su seno diversos poderes, diversas magistraturas, es necesario que estén todos subordinados entre sí, á fin de que sean, en algun modo, llevados á la unidad.

Por las palabras dirigidas á Pedro y sus sucesores: «Pacifica mis ovejas,» los reyes y los emperadores están como sus súbditos sujetos á Pedro, pues que tambien están en el número de las ovejas de Cristo.

El gobierno temporal, para ser justo y bueno, debe tener una regla espiritual; luego es necesario que sea regulado por el poder espiritual. Los papas, por su parte, encargados de reprender y corregir á los reyes y á los emperadores, no solamente como hombres, sino en el ejercicio de su poder, deberan dar cuenta á Dios.

Tal como son las relaciones del cuerpo y alma en el hombre, tal son las relaciones de los dos poderes, temporal y espiritual, en la Iglesia... El poder espiritual no se mete en los asuntos temporales, con tal que los asuntos temporales no se opongan al fin que el poder espiritual debe hacer alcanzar, etc. Si las medidas temporales son necesarias para obtener este fin, el poder espiritual puede y debe reprimir el poder temporal, y contradecirlo por todos los caminos y maneras necesarias. (BELARMINO, *de Romano Pontifice*, Lib. vi, c. vi.)

Estas palabras de Jesucristo: «Así como mi Padre me ha enviado, yo os envío.... Todo poder me ha sido dado en el cielo y sobre la tierra; id, pues, y enseñad á todas las naciones,» asimilan el poder de la Iglesia al de Dios, la autoridad de los Pontífices Romanos á la de Jesucristo; luego ella se extiende á todos, á los individuos como á las naciones, á los Estados y á los soberanos.

Como hombre, el soberano debe servir á Dios, viviendo conforme á la fe; como rey, debe servir á Dios, poniendo sus leyes y su gobierno en conformidad con la fe, sin sustraerse jamás á su subordinación á la Iglesia.

Esta subordinación espiritual no es ni la exclusion, ni la absorcion de los poderes temporales; al contrario, los ennoblece y los afirma.

En el gobierno de los pueblos rescatados Dios tiene unido el Estado á la Iglesia, y esta union debe ser mantenida. Sin la Iglesia, el Estado moderno asemejaríase forzosamente á un cadáver.

Una vez constituida la Iglesia por Cristo, dos poderes, el poder eclesiástico y el poder civil, coexisten; y sus relaciones mútuas sólo pueden ser la subordinación del segundo al primero.

Inventar sistemas para destruir esta subordinación, no puede tener otro efecto que excitar la guerra, y la guerra sólo puede acabar por el triunfo del imperio que debe durar eternamente. Si el coloso se levanta de nuevo, de nuevo la piedra caída de la montaña le convertirá en polvo.

La Iglesia es el reino de Dios sobre la tierra, reino cuyo rey invisible es Jesucristo, y cuyo rey visible es su Vicario. «Cuando Cristo confesó ante el gobernador romano que era rey, no dice, nota con motivo de esto san Agustín: «Mi reino no está aquí, sino: No es de aquí; Mi reino no está en este mundo, sino: No es de este mundo.» Porque su reino está realmente aquí bajo, en este mundo, y durará hasta el fin de los siglos.»

El territorio de este reino abraza el mundo todo entero. En virtud del dominio universal y absoluto que le pertenece, Jesucristo ha dado á su Iglesia autoridad sobre todos los hombres, bajo cualquier clima en que vivan. Despues de esto, ¿no es una locura calificar de extraña la autoridad del Papa? ¿Cómo sería extraña la cabeza á los miembros?

Propiamente hablando, no es la Iglesia la que está en el Estado, es al contrario el Estado el que está en la Iglesia. En efecto, no es el todo el que está en las partes, sino las

partes las que están en el todo. Pues bien, la Iglesia es un todo; una sociedad universal destinada á recibir en su seno al género humano todo entero. La Iglesia es católica, universal; el Estado, al contrario, es siempre limitado en cuanto al territorio, á las personas y al poder.

Los juicios de las causas espirituales, esto es, de las que se refieren á la fe, la administración de los Sacramentos, los ritos, la moral, la dirección de los fieles en la práctica de la virtud, de todas aquellas, en una palabra, que se relacionan al culto de Dios y á la salvación de las almas, de ningun modo dependen de la autoridad temporal, sino dependen únicamente de la autoridad espiritual ó de la Iglesia; esto es una verdad católica, y tal vez, dice Suarez, «una verdad de fe.»

Por consiguiente, 1.^o *Las citaciones por abusos*, por las cuales el magistrado laico se arroga el derecho de citar á su tribunal y de juzgar los ministros sagrados sobre actos de jurisdicción eclesiástica y de ejercicio de su ministerio, son una usurpación inconsiderada.

2.^o Lo mismo tiene que decirse de los *Placet* ó de los *Eraguatur* exigidos para la publicación y la ejecución de las bulas, breves ó decretos emanados de la Santa Sede.

Todo Estado católico, ó todo gobierno que representa á una nación católica, esté obligado por esto mismo á defender ó á proteger á la Iglesia.

El grande error del espíritu moderno es el NATURALISMO, ó la reclamación del pretendido derecho innato ó adquirido de vivir en la esfera de pura naturaleza, y de librarse del órden sobrenatural, no teniendo absolutamente ninguna cuenta del enlace necesario interpuesto por la voluntad de Dios entre el órden natural y el sobrenatural. Separada y aislada de la Redención, la naturaleza humana no es más que lo que las santas Escrituras llaman el MUNDO, con el cual Jesucristo no está, por el cual Jesucristo no ora; al cual ha dicho: «¡Ay de tí! cuyo padre, príncipe y cabeza es el diablo; cuya sabiduría es enemiga de Dios; cuyos caminos terminan en el infierno.»